

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Aun si» del autor Mitchel Lee.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/aun-si>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



Mitchel Lee

AUN SI...

Confía en Dios
aunque la vida te decepcione,
abrumo o no tenga sentido



Contenido

Bienvenido al valle	1
-------------------------------	---

PRIMERA PARTE EN ALGÚN LUGAR MÁS ALLÁ DEL MAR

1. Fuera del fuego... ¿o hacia el fuego?	15
2. El bien en el lado profundo de la piscina	33
3. Más que una resolución de Año Nuevo	57

SEGUNDA PARTE EL ENCUENTRO CON NUESTROS *CONTRA SI...*

4. Lo quiero a mi manera	81
5. Finge hasta que lo consigas	99
6. Controladores del mundo... únanse (de manera cautelosa y apropiada)	125

TERCERA PARTE AUN SI... EN LA CALLE

7. Todo comienza aquí	149
8. Permiso para hablar con libertad	169
9. Los que se arriesgan, los temerarios y otra gente que me pone nervioso	183
10. Da un paso (pero no solo)	201
Oraciones <i>Aun si...</i> para ti	221
Reconocimientos	229
Notas	233
Acerca del Autor	241

PRIMERA PARTE

**EN ALGÚN LUGAR
MÁS ALLÁ DEL MAR**

EN MAYO DE 1940, la maquinaria de guerra alemana avanzaba por Francia tomando ciudad tras ciudad. Con cada victoria alemana, las fuerzas aliadas, compuestas por soldados británicos, franceses y belgas, cansadas y vencidas, retrocedían como una fila de hormigas hacia la ciudad de Dunkerque, en la costa noroeste de Francia. Más de trescientas mil tropas se agruparon en los cuarenta y tres kilómetros desde Dunkerque hasta la ciudad norteña de Ostende esperando ser evacuados o capturados. Los ciudadanos británicos observaban impotentes desde el otro lado del canal, y mientras las tropas aumentaban, la moral decaía.

Los líderes militares británicos pasaron noches sin dormir tratando de encontrar una forma de rescatar a sus soldados atrapados. La Operación Dinamo, como la llamaron, fue una operación desesperada que dependía del clima, las tácticas militares y la más pura suerte. Las expectativas eran bajas. Winston Churchill creyó que poder rescatar solo a quince mil sería un acto de intervención divina.

En una serie de ahora famosos mensajes radiales, el rey Jorge VI venció su tartamudez para hacer un llamado de determinación y fortaleza a su pueblo. Dice la leyenda que, como respuesta a uno de los mensajes del rey, el ejército británico mandó un mensaje de tres palabras a través del canal: «Y si no»¹; una referencia a la historia de los tres jóvenes que desafiaron al rey de

Babilonia. La intención del mensaje fue que *aun si* no fueran rescatados, no se doblegarían ante Alemania.

Aquel mensaje de tres palabras devolvió el vigor al pueblo. Los ciudadanos respondieron y trataron de rescatar a cuantos soldados pudieran haciendo cuantos viajes fueran necesarios. Desde barcos de pesca comerciales hasta yates recreacionales, todo el que pudo llevar aunque fuera a unos cuantos soldados, se echó a las aguas infestadas de submarinos y minas de agua. Tal era la urgencia que algunos barcos salieron sin mapas ni cartas de navegación. El país entero se unió.

«El milagro de Dunkerque» fue precisamente eso². Al final, más de 338 000 tropas fueron evacuadas en diez días. La Operación Dinamo aún se conoce como una de las más increíbles operaciones de la historia militar. Todo resumido en un simple mensaje: *Aun si...** Las palabras tienen poder. Pueden dar vida o muerte. Quizá recuerdes las palabras que alguien te dijo en el momento preciso, palabras que marcaron la diferencia entre continuar luchando o rendirte. A veces, solo unas palabras pueden alterar la trayectoria de una nación. (Piensa en: «Yo tengo un sueño...»)³. Una simple declaración salvó miles de vidas y, por tanto, a todo un continente. Las mismas palabras que prendieron la llama de resiliencia de una nación pueden revivir tu alma: *aun si*.

Para poder desatar el poder de este concepto debemos entenderlo. En esta primera parte veremos más detenidamente la historia bíblica. Luego, dividiremos la declaración *aun si* en dos partes: confiar en la bondad de Dios y decidir adorarle.

* Las palabras exactas del mensaje fueron «Y si no...». La versión de la Biblia NVI usa la frase «Aun si». Esta es la traducción que leía durante el tiempo que describí con anterioridad.

Fuera del fuego... ¿o hacia el fuego?

1

UNA VEZ, DE NIÑO, escuché: «Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida». Fue la oración que comenzó una invitación mayor para entregarle mi vida a Jesús e invitarlo a venir a mi corazón. Si lo hacía, la promesa continuaba: «Dios te perdonará y te guiará por caminos que no podrás imaginar». Si bien no me arrepiento de haber aceptado aquella invitación hace años, sí he comprendido que hice muchas presunciones acerca de a lo que me invitaba Dios; y todos sabemos lo que ocurre cuando presumimos.

Quizá esuviera entre líneas. Presumí que el fruto de entregarme al plan maravilloso de Dios sería una vida con menos dolor y confusión. Razoné que, como había confiado en Él, nunca me desilusionaría ni me sentiría inseguro. Después de todo, Dios siempre estaría conmigo. Era una simple fórmula: mi confianza + su plan = camino de rosas.

Yo confío, Él planea. Todo bien.

No importa que muevas la cabeza pensando: *¡Qué ingenuo!* La vida tiene su forma de sacar a la luz nuestra ingenuidad. Yo solo necesité que me acosaran, sentirme intensamente solo, observar las dementes peleas de mis

padres y experimentar dificultades financieras para darme cuenta de que el plan de Dios no era un camino de rosas.

A medida que iba profundizando en mi relación con Dios, entendía que una vida sin problemas nunca es parte de la promesa. Es más, las Escrituras garantizan todo lo contrario.

Todos sufrimos dificultades: dolor físico y emocional, desilusiones y, a veces, solo confusión en general. Seguro que has tenido tus propias experiencias difíciles. Quizá estés atravesando una ahora mismo. La vida no ha resultado como querías. Estás desilusionado. Herido. Quizá atrapado mientras que todos a tu alrededor parecen seguir hacia adelante. Quizá ninguna de estas cosas, pero vivir en un mundo moldeado por la COVID-19 ha hecho que cuestiones cosas que, hasta ahora, pensabas que sabías con seguridad.

Sin embargo, aunque la temporada que estás atravesando, o has atravesado, te ha tomado por sorpresa, no tomó por sorpresa a Jesús. En su última conversación con los discípulos, antes de ser traicionado y crucificado, les dio una promesa: «Yo les he dicho estas cosas para que en mí hallen paz. En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo» (Juan 16:33, NVI®). ¿Te diste cuenta de las dos partes de la promesa? Él garantizó las aflicciones igual que garantizó *su presencia*.

Los discípulos estaban a punto de enfrentarse a toda clase de oposición del mundo, y nosotros también. Ellos serían afligidos; nosotros también. Los llamó a ser fuertes en sus decisiones (es lo que significa «anímense»), porque Él ha vencido al mundo. El que había vencido al mundo estaría con ellos. Jesús los llamó a confiar en medio de los problemas.

Si eres como yo, te gusta creer en la seguridad de su presencia, pero no necesariamente en la seguridad de las

aflicciones. ¿No podemos tener su presencia sin los problemas? Yo pienso: *Podría aprender a confiar sin el problema. Soy un aprendiz rápido. ¡Solo dame lo bueno y confiaré en ti! Te lo prometo.*

Mi poca disposición para aceptar la promesa de los problemas hace que me pregunte: *¿He dejado atrás verdaderamente mis presunciones infantiles de lo que significa confiar en Dios?* Siento decirlo, pero la fórmula todavía moldea sutilmente mi perspectiva. Las dificultades de la vida las sacan a la luz. Y con cada giro, cada vez que me sorprende cuando la vida me golpea de nuevo en la cabeza, tengo la oportunidad de volver a darle un vistazo a lo que significa mi fe por vivir en un mundo quebrantado.

Supongo que la sorpresa es mejor que su alternativa: convertirme en un cínico amargado hasta el punto de sorprenderme si la vida me va bien. Me he encontrado gente así. El cascarrabias que se niega a recibir ayuda de nadie. El amigo que piensa que sus fracasos son culpa de todos menos suya. El jefe que cree que todo el mundo está pendiente de su trabajo y cuya inseguridad no le permite pedir disculpas. El familiar amargado que piensa que el mundo le debe algo.

El pesimismo y la falta de confianza tienen una forma de succionar la vida a cada momento. Al igual que la gente que usa esos audífonos de alta tecnología que cancelan el ruido de afuera, algunos escuchan solo un sonido en la vida. Siempre andan buscando otra cosa o esperando que les pase algo malo. La gratitud se ha extinguido porque sospechan que siempre hay algún otro interés o retribución kármica que se asegurará de que terminen pagando por cualquier momento de paz o gozo con que se topen.

Los cínicos no se convierten en cínicos de un día para otro. Han pasado por suficientes dificultades y desilusiones que poco a poco les han endurecido el corazón. Una vez

tuvieron esperanza. Luego de haber sido derribados a la lona demasiadas veces, su mejor defensa fue abandonar la expectativa de que la vida mejoraría. Solo abandonaron toda esperanza. Dejaron de intentarlo. Escogieron la amargura, pues al menos era más previsible que las expectativas.

¿ES ESO TODO LO QUE HAY?

¿Son estas las únicas opciones? ¿Caer constantemente por las frustraciones de la vida o convertirnos en cínicos, sin esperar nada a cambio excepto el desconsuelo? Creo que Dios te ofrece más, una tercera opción: confiar en Él cuando la vida se hace difícil. La relación a la que te invita no requiere buen clima para florecer. Es más, por eso es que Dios puede profundizar tu fe aun cuando las tormentas de la vida derrocan tus sueños, planes y expectativas. No importa lo que la vida te depare, no solo es posible soportarlo, sino continuar hacia adelante confiando en Dios para lo que esté todavía por venir.

¿Has visto destellos de esta clase de fe en otras personas? ¿En un paciente que sufre de cáncer y parece tener una reserva de fuerza que te gustaría embotellar y compartir? Quizá en un anciano que ha vivido tiempos increíblemente difíciles y que, sin embargo, muestra la gentileza y dulzura de un niño. Yo he sentido el calor de la resiliencia y la determinación que nunca se da por vencida de colegas que se han dedicado a luchar por los olvidados y los ignorados. Gente así son nuestros héroes. Queremos ser como ellos.

Y creo que podemos. Pero el camino no es corto. Esa clase de fe que describo se forma cuando nos aferramos a la presencia de Jesús en medio de las dificultades. Y

aferrarnos a Jesús en medio de las dificultades significa que *habrá dificultades*. Otra manera de decirlo es que las dificultades pueden ser redentoras. Y «por suerte» para ti y para mí, no es necesario fabricar las dificultades. La vida las trae.

La verdad transformadora es que no hemos sido echados a la merced de nuestras situaciones, sino a la merced de un Dios amante que nos guía y tiene un plan maravilloso para nosotros. Pero verlo en medio de los problemas requiere algún cambio en nuestras perspectivas, reflexión personal y mucho coraje.

Necesitaremos recordar constantemente quién es Dios y qué ha hecho por nosotros. Y cuando lo hagamos, desarrollaremos una disposición como un reflejo para nuestra fe que nos informa sobre cómo debemos responder a las situaciones de la vida, ya sean buenas o malas.

La clase de fe que describo se expresa a sí misma en...

- la resolución de confiar en Dios como nunca pensamos que fuera posible
- fortaleza en medio de dificultades que no pensamos que tendríamos
- paz y esperanza tan fuera de este mundo que puedan bendecir y transformar a otros

Esta clase de fe puede fluir de una simple pero poderosa declaración, una que impulsó mi propia transformación y continúa haciéndolo hasta hoy. Yo me encontré en medio de un desierto oscuro, atrapado y solo. Pero en medio de mi valle, Dios me habló dos palabras que me hicieron resucitar. Dos palabras de una historia para niños de escuela dominical.

LA FE EN MEDIO DE LAS LLAMAS

La primera vez que escuché la historia de Daniel no le presté mucha atención... hasta que la maestra nos chantajeó con caramelos si nos quedábamos tranquilos lo suficiente para terminar la lección. Usó un franelógrafo con figuritas cortadas para contarnos acerca de Daniel y sus tres amigos en Babilonia. Entonces, aquello era la tecnología más moderna para los ministerios de niños: una versión analógica de PowerPoint. Ella nos contó la historia de tres jóvenes en Babilonia que osadamente se mantuvieron firmes en su fe contra un rey poderoso, y fueron rescatados de manera milagrosa de un horno de fuego porque confiaron en Dios. Entonces, nos preguntó: «¿Quién se atreverá a mantenerse firme por Jesús como Sadrac, Mesac y Abednego?».

Uno por uno, todos nos levantamos y prometimos lealtad a Dios. «Confiaré en Dios, no importa el fuego que venga», gritamos todos. Entonces recibimos el premio de los caramelos. Simple. La imagen que persistió para mí en la historia fue la de tres hombres que milagrosamente no se quemaron y estaban de pie junto a Jesús, un Salvador a prueba de fuego en cualquier situación. Nunca olvidé la historia.

Las Escrituras son imaginativas y lo suficiente simples como para nutrir la fe de un niño. Pero también son profundas para acomodar lo que David Brooks observó: «Estas historias continuaban regresando, pero cambiaron, como reformadas por la alquimia del tiempo. Crecieron y se hicieron más profundas, más fantásticas y más extraordinarias»¹. Con el correr de los años y mis encuentros con mis propios hornos, aquella historia de la escuela dominical ha crecido y se ha profundizado en mí. Mientras miro más detenidamente, imaginándome las emociones y tensiones del drama de Daniel 3, la respuesta de estos tres

jóvenes es tan sorprendente como su milagrosa liberación del fuego. Permíteme explicarte.

Nabucodonosor era el rey de Babilonia, el hombre más poderoso del planeta. Había conquistado a todos sus rivales, incluso la pequeña provincia de Judá*. Ni siquiera la superpotencia anterior, Asiria, había logrado conquistar Jerusalén. Pero los babilonios marcharon, asediaron y sacaron por la fuerza al pueblo de Dios de su tierra.

Nabucodonosor tenía el mundo entero al alcance de su mano, pero deseaba más reconocimiento. Entonces, se le ocurrió una gran idea: «Ya que soy el mejor, ¿por qué no hacer que todos reconozcan que lo soy?». Se construyó una gran estatua, llamó a todos los funcionarios del Imperio y, el día de la dedicación de la estatua, tocó su himno lema para que todos se arrodillaran ante ella. Me imagino que sería toda una demostración de poder absoluto, un ritual coreografiado de adoración y lealtad nacional.

Todo iba según el plan. Nabucodonosor estaba emocionado de ver el reflejo de su propio valor en sus sujetos postrados. Excepto tres altos funcionarios de su propia provincia.

¡Sadrac, Mesac y Abednego se negaron a arrodillarse! Para añadir insulto a la traición, él mismo había nombrado a estos hombres de una derrotada ciudad llamada Jerusalén.

En un arranque de ira, el rey los llamó al lugar del horno de fuego para que explicaran su osadía. ¿Cómo se atrevían sus propios funcionarios a ignorar su decreto? Quizá hubo un malentendido. Después de todo, estos funcionarios babilonios no eran del lugar. Quizá algo se había perdido en la traducción.

* En realidad, sin él saberlo, Dios entregó Judá a Nabucodonosor por causa de su continua rebelión e infidelidad.

El rey quería confirmación: «Ustedes tres, ¿es verdad que no honran a mis dioses ni adoran a la estatua de oro que he mandado erigir?» (Daniel 3:14, NVI®).

Al no arrodillarse, estos tres funcionarios se negaron a ser parte de la adoración babilónica. No era solo un rechazo de la cultura de Babilonia, ni cuestión de preferencia personal. Era un acto de traición contra el rey.

Nabucodonosor les amenazó: «*Si están listos*, en cuanto escuchen la música se inclinarán y adorarán la imagen que he hecho. *De lo contrario*, serán lanzados de inmediato a un horno en llamas» (ver versículo 15).

Nabucodonosor cerró la amenaza con una frase retórica solo para asegurarse de que estos jóvenes funcionarios comprendían la situación en la que se encontraban: «¡Y no habrá dios capaz de librarlos de mis manos!» (versículo 15). En otras palabras: «Si me rechazan, ¿quién los salvará?». El hombre más poderoso del planeta presentó su caso, afirmó su autoridad y de seguro que esperó contrición y vasallaje.

La amenaza clara del rey es lo que hace que la respuesta de los jóvenes sea tan sorprendente. Con partes iguales de desafío y explicación simple, declararon que en realidad no necesitaban responder al rey en este asunto. La respuesta fue tan obvia que ellos no pensaron que se merecía comentario.

«*Si eso sucede*, el Dios al que servimos puede librarlos del horno y de las manos de Su Majestad. *Pero, aun si no*, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua» (ver versículos 17–18).

El ultimátum de Nabucodonosor confrontó una declaración igualmente resuelta. «*Aun si* nuestro Dios no lo hace así, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua». Ellos no ignoraban la amenaza que tenían delante. No era optimismo ingenuo ni

fe ciega. Con el calor de las llamas secándoles los ojos, rechazaron al rey.

Las dos partes de su respuesta al rey hacen una de las declaraciones más poderosas de la Biblia. Declararon:

1. su confianza en un Dios bueno que los podía librar
2. su determinación de adorarle *aun si* no los libraba

En otras palabras, el Dios a quien servían, el Dios de la Biblia, es más poderoso que el rey que tenían delante. Su Dios podía cancelar el decreto del rey y neutralizar sus amenazas. «Mi Dios es mayor que tu dios». Probablemente esperabas algo así de una historia bíblica. La fe contra las probabilidades.

Sin embargo, aquí es donde la historia da un viraje inesperado. Continuaron declarando que no solo su Dios los podía salvar, sino que *aun si* su todopoderoso Dios decidía no demostrar su poder para salvarlos (aparentemente dándole la victoria a Nabucodonosor), ellos no le darían a otro su lealtad. Su lealtad pertenecía a Dios sin importar cómo Él decidiera actuar o no actuar en su defensa. Y consecuentemente, sin importar cuánto el rey resollara y resoplara, ellos no le darían su lealtad.

Aun si. Estas son dos palabras que pueden transformar tus expectativas y fortalecer tu fe. La declaración *aun si* puede ayudarte a mantenerte en pie frente al fuego y confiar en Dios cuando el resultado aún no se ha decidido. Se niega a sucumbir ante la presión o la desilusión. Y en ese sentido, es una declaración sorprendente en medio de las dificultades porque expresa la confianza y la determinación cuando todas las condiciones parecen producir duda y peligro.

La declaración *aun si* es todavía más sorprendente cuando consideramos cómo estos hombres terminaron en Babilonia en primer lugar.

LEJOS DEL HOGAR

Aunque las advertencias ya venían desde hacía tiempo, nadie las había tomado en serio. Las profecías antinacionalistas y pesimistas de Jeremías fueron echadas a un lado por los contraprofetos, cuya lógica parecía más convincente. De ninguna manera la ciudad de Dios, el lugar donde Dios había hecho su morada, podía caer ante el enemigo. Dios nunca abandonaría a su pueblo, a pesar de sus tendencias idólatras y su infidelidad.

Aun cuando las noticias comenzaron a llegar del norte acerca de una nueva amenaza, un ejército de la lejana tierra de Babilonia, la vida (y la infidelidad a Dios) continuó. Un día, comenzó a verse en el horizonte del desierto judío una sombra que crecía. Los puntos se convirtieron en caballos y carros. Las nubes de polvo se levantaban a medida que la maquinaria de guerra avanzaba sobre la ciudad.

Los falsos profetas obstinadamente refutaban lo que todos veían. El mensaje de Jeremías se hacía realidad. Ellos le aseguraron al pueblo que Dios siempre sostendría en alto la gloria de su nombre preservando la ciudad. Y todo este hablar de entregar al pueblo para ser juzgado y exiliado era solo una táctica de temor. Babilonia retrocedería igual que lo habían hecho los invasores anteriores.

Y la ciudad cayó. El templo fue saqueado. Joaquín, el rey, hijo de Joacim, fue capturado. Según la costumbre babilónica, todos los jóvenes prometedores, incluidos Daniel y sus tres amigos, Sadrac, Mesac y Abednego, fueron llevados a Babilonia para ser aculturados y luego asimilados al Imperio babilónico. Sus nombres fueron cambiados y les enseñaron una nueva lengua, fueron reeducados y recibieron puestos en el gobierno.

Mientras tanto, las profecías de Jeremías, ahora vindicadas, hacían eco: «No cuenten con volver a Jerusalén.

Hagan de Babilonia su hogar. Mucho tiempo pasará». Ahora corremos la cinta hacia adelante, cuando Sadrac, Mesac y Abednego (Daniel se estaba rebelando por otra parte) estaban de pie ante su captor declarando su confianza en Dios.

¿Cómo podían estos hombres continuar confiando en el poder de Dios para librarlos si no lo había hecho en el pasado? ¿Cómo podían declarar su fe con tal convicción cuando estaban frente al mismo rey que había causado la caída de Jerusalén? Es posible entender que se hubieran dado por vencidos con el Dios que aparentemente se había dado por vencido con ellos. Ese es el reto que enfrenta todo el que confía en Dios. No se cumplen las expectativas. Tampoco las promesas. Las bendiciones se secan. Las oraciones no son contestadas. Nuestros corazones se quebrantan.

La gente responde a este reto de varias maneras. Algunos se resisten y se retractan de su fe, emocionalmente no pueden adorar a un Dios que los abandonó. El silencio de Dios, tanto en palabra como en acción, los desalienta al punto del entumecimiento. En palabras de Fleming Rutledge: «Aun la ira de Dios sería preferible a su ausencia»². La gente que sufre así abandona a Dios y busca otras fuentes de poder: su propia capacidad, otros a su alrededor o cualquier salvador en potencia que les parezca plausible.

Otros doman su fe mientras continúan jugando el juego. En vez de un rechazo explícito, se establece la resignación callada. Aunque no abandonan a Dios del todo, se mantienen distantes de Él. Quizá le reconozcan yendo a la iglesia cada semana o manteniendo la relación con otros cristianos, pero funcionalmente actúan como su propio dios. Siguen a Dios mientras no tengan que depender de Él para nada de verdadera importancia. Han llegado a creer que es mejor así para ellos.

Sadrac, Mesac y Abednego, en cambio, eligieron otra forma. Eligieron confiar en Dios no solo por los beneficios que recibían, sino por quién es Dios y lo que puede hacer. Tim Keller observó la casi paradójica naturaleza de su declaración³. Tenían fe en la capacidad de Dios para salvarlos, pero estaban dispuestos a reconocer la posibilidad de no ser librados. A primera vista puede parecer contradictorio. ¿Cómo puedes confiar en Dios y aun así estar abierto a la posibilidad de que no hará lo que quieres? Pero ese es precisamente el punto: una fe robusta cree tan profundamente en Dios que aun si no hace lo que piensas que debe hacer, debes creer que está obrando para tu bien. Esta es la clase de fe de donde surge una declaración *aun si*.

UNA FE MAYOR QUE YO

No soy muy habilidoso con las manos. Aunque puedo leer instrucciones y construir un mueble de IKEA como el mejor, no soy ningún artesano. A veces necesito varios intentos para colgar un cuadro derecho. ¡Mucho menos algo que involucre electricidad o plomería! Pero sí he construido otras cosas: ministerios, equipos y organizaciones. Sé que si vamos a construir algo bien (ya sea una casa o una iglesia), un fundamento sólido es esencial.

Igual sucede con nuestra fe. Jesús contó una parábola acerca de construir nuestras vidas sobre un fundamento sólido (Lucas 6:46–49). Alguien que viene a Jesús, oye sus palabras y las pone en práctica es como una persona que construye su casa sobre la roca sólida. Cuando viene la tormenta, la casa permanece en pie. Es bien sencillo.

Pero yo me pregunto si nosotros no nos desviamos sutilmente de esta creencia. Sobre todo en nuestros días de

ayuda propia, cuando el mayor objetivo es lograr nuestra felicidad, construir nuestra fe en Jesús puede ser visto como una práctica subjetiva: solo Jesús, yo y una taza de café con el último disco de adoración. Podemos pensar que estamos construyendo un fundamento sobre Jesús, pero esta fe tiene una debilidad inherente. Solo será tan fuerte como nuestra propia experiencia de él.

Sadrac, Mesac y Abednego demostraron una fe informada por algo más que sus historias personales. Su devoción fluía de un manantial más profundo que los chorritos de la superficie de sus circunstancias. Eso fue lo que les dio la seguridad para confiar en Dios frente al fuego. Su fe estaba puesta sobre la obra de Dios en el pasado.

Quizá recordaron cómo Dios había liberado a su pueblo de Egipto en el éxodo y les dio provisión en el desierto. Y cómo había salvado a la generación previa de los poderosos asirios. Una y otra vez habían oído de la salvación milagrosa de Dios y su amor fiel que siempre cumplía su parte del pacto.

Todos estos recuerdos formaron un cuadro mayor que demostraba el poder y el carácter de Dios; un cuadro que abarcaba mucho más que solo sus vidas. Era suficiente para justificar su devoción y confianza aunque no hubieran experimentado personalmente su liberación.

Aquí es donde la declaración *aun si* encuentra su fundamento: en el testimonio histórico objetivo de las Escrituras y de los santos de antaño. Ese fundamento sobre el que Sadrac, Mesac y Abednego edificaron está disponible para ti también. Tu fe es mucho más que la devoción privada, un grupo de valores o experiencias personales que solo son ciertas para ti. Dios viene obrando a través de la historia de la humanidad, proviendo y guiando a hombres y mujeres de maneras profundas y poderosas. Sus

huellas están por todas partes, aun en los tiempos más oscuros. Recordar esto puede marcar toda la diferencia en nuestra opinión de Dios... sobre todo cuando estás frente al fuego.

De pie frente al ser humano más poderoso del planeta, los ojos entrecerrados por el sudor, las caras chamuscadas por el intenso fuego del horno, Sadrac, Mesac y Abednego se mantuvieron confiados. Dios podía salvarlos porque había salvado a generaciones pasadas. Porque es todopoderoso, podía salvarlos a ellos. Y aunque eligiera no hacerlo, era digno de su adoración.

Su confianza en Dios era extraordinaria, pero sus circunstancias no eran más excepcionales de lo que enfrentamos hoy. En un mundo de hostilidad en aumento y tensiones políticas, coronavirus, cáncer, quebrantamiento de familias, persecución, ataques terroristas y conflictos armados, ¿podemos mirar al mundo que nos rodea y confiar igualmente en que Dios nos liberará? ¿Sobre qué se basa tu fe? ¿Es Dios digno de tu adoración?

EL RESULTADO DE *AUN SI*

Nabucodonosor reaccionó con furia al ver su desafío. Puedo comprenderlo. Si mis propios hijos respondieran así, la cosa no terminaría bien. Daniel 3 dice que «se puso muy furioso y cambió su actitud hacia ellos» (versículo 19). Cualquier misericordia o empatía que el rey había buscado extenderles se había evaporado. Ordenó calentar el horno siete veces más de lo normal. Estaba tan caliente que hasta los guardias cuya tarea era arrojarlos dentro murieron en el acto. La aparente templanza de la respuesta colectiva de los tres jóvenes contrasta con la represalia desproporcionadamente encendida de furia del rey.

Quería hacerles daño, y no le importaba a cuántos más dañaba en el proceso.

La declaración *aun si* no mitigó las circunstancias; las intensificó. Una declaración *aun si* no es un amuleto que despeja el camino frente a nosotros. No fue así para Sadrac, Mesac y Abednego. Ellos declararon su confianza en el poder y la bondad de Dios y su determinación de adorarle solo a Él, pero esa declaración no les dio la salida. Al contrario, aumentó el calor. Elegir confiar y adorar a su Dios se convirtió en una confrontación. Un dios falso contra el Dios vivo y verdadero. No hay punto medio ni acuerdo posible aquí, no se puede jugar en ambos equipos. Te postras o te quemas.

¿Cómo terminó la historia? Dios los salvó. Nabucodonosor vio a una cuarta persona en el fuego, uno que tenía «la apariencia de un dios» (versículo 25). Esta figura divina estaba de pie con los tres hombres, y los protegió de tal manera que sus ropas no fueron chamuscadas y ni siquiera olían a humo. Estos «holocaustos» experimentaron lo que los estudiosos llaman una teofanía: una manifestación de Dios. Así, los jóvenes recibieron más que la liberación. Recibieron la misma presencia de Dios.

El rey aceptó su lugar. Exclamó: «¡Alabado sea el Dios de estos jóvenes, que envió a su ángel y los salvó! Ellos confiaron en él y, desafiando la orden real, optaron por la muerte antes que honrar o adorar a otro dios que no fuera el suyo» (versículo 28).

La bendición de Nabucodonosor ofrece dos observaciones importantes. Primero, el hombre más poderoso del planeta reconoció el poder salvador de uno mayor. Dios había salvado a sus siervos y refutó lo que había declarado antes: «¡No habrá dios capaz de librarlos de mis manos!» (versículo 15). La declaración confiada de Sadrac, Mesac y Abednego («El Dios al que servimos puede librarlos

del horno y de las manos de Su Majestad» [versículo 17])
probó ser cierta.

Segundo, el rey les felicitó por su devoción y compromiso con el Dios que puede librar. Este reconocimiento es importante. Nabucodonosor vio que el desafío de los jóvenes no solo fue terquedad o resignación a la suerte que les esperaba. Tampoco fue una expresión de una fe ingenua y triunfalista que rehusaba aceptar la posibilidad de la muerte. No, estaban dispuestos a morir, a entregar sus propios cuerpos, antes que servir a cualquier otro. Irónicamente, el rey fue quien explicó la motivación de sus acciones. La negación de postrarse fluía de una devoción mayor a un Dios mayor.

Nabucodonosor, entonces, hizo una declaración para todo el Imperio. Nadie en el Imperio debía hablar en contra del Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, porque ningún otro Dios podía salvar *de esta manera*. ¿Y qué manera es esta?

Dios pudo haber salvado del fuego a los jóvenes de muchas maneras milagrosas. Podía haber apagado el fuego. Podía hacer que Nabucodonosor cambiara de idea. Si pudo hacer que la madera mojada se encendiera como en el caso de la confrontación de Elías con los profetas de Baal (1 Reyes 18), podía hacer que el fuego no se encendiera. Pero los jóvenes no fueron salvados del horno. Dios permitió que fueran echados. En vez de cambiar las circunstancias, Dios hizo que su presencia fuera conocida en medio de ellos y por medio de ellos. ¿Recuerdas la promesa de Jesús? Su presencia en las dificultades.

A menudo, Dios obra así. Es más, en otra Escritura, Dios mandó al profeta Isaías a predecir el exilio de Israel y cómo Él los salvaría.

Cuando cruces las aguas,
yo estaré contigo;

cuando cruces los ríos,
no te cubrirán sus aguas;
cuando camines por el fuego,
no te quemarás ni te abrasarán las llamas (43:2).

No dice *si* caminas por el fuego, sino *cuando*. Y cuando estés en medio del fuego, no te quemarás. No serás consumido.

A veces Dios permite que pases por el fuego. Cuando nos enfrentamos a las dificultades o inseguridades (los fuegos de la vida), nuestra respuesta instintiva es hacer lo que podamos para cambiar las circunstancias. Le pedimos a Dios que apague el fuego. O por lo menos que baje un poco el calor. Que el rey cambie de idea. Que cierre la puerta del horno. Que nos muestre que es Dios. ¿Cuántas veces he actuado creyendo que lo que más necesito es que la situación cambie en vez de más de Dios en medio de la situación?

Como ejemplo de lo fácil que es pensar así, piensa en la última vez que hablaste con alguien acerca de un problema. Lo más probable es que el consejo que te dieran fuera acerca de cómo cambiar la situación. Quizá la persona te sugiriera salir de la relación, abandonar la negatividad. Quizá te dijeran qué puedes hacer de forma diferente. Muy pocos de los consejos que recibimos tienen que ver con soportar.

Dios nos permite caminar por el fuego para que podamos experimentar su presencia, no solo su poder. Su presencia en medio del problema nos muestra que se preocupa por nosotros, no como un genio que nos da una vida libre de dificultades, sino como el Dios que nos ama y nos llama a tener una relación con Él.

Aun en la peor de las circunstancias tenemos la oportunidad de declarar nuestro *aun si*, sosteniendo en una

mano nuestra confianza en un Dios que puede salvar y, en la otra, nuestra determinación de que *aun si* no lo hace, le adoraremos.

Aun si es una declaración tanto de fe como de inseguridad; es una manera de expresar nuestra fe y esperanza en un Dios que se preocupa por nuestra vida en la tensión del mundo difícil e imprevisible en que vivimos. Y al final, aunque Dios no siempre cambie nuestras circunstancias, su presencia nos cambiará a nosotros en medio del fuego.

Ningún otro Dios rescata así, y esto no es cierto solo para el horno de fuego de Babilonia. Dios rescató a toda la humanidad, no solo a tres jóvenes. Y mira cómo lo hizo. Dios vino como Emanuel, que literalmente significa «Dios con nosotros». Dios dejó la gloria del cielo, se vistió de carne y vivió entre nosotros. Experimentó el dolor y el sufrimiento de este mundo, y murió por los pecados que lo echaron todo a perder en primer lugar.

Así, Jesús vino y caminó dentro del fuego no solo con nosotros, sino por nosotros. Prefirió ser abandonado en el horno de su sufrimiento para que nosotros fuéramos perdonados. Y después de resucitar, antes de ascender al Padre, prometió: «Les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20, NVI®). Esto significa que en todo valle, en todo fuego, podemos declarar nuestro *aun si* confiando en que el Dios que nos salva de nuestro *aun si* lo hace de forma que no podemos imaginar.

Eso es lo que nos da la fe en Dios. La posibilidad de tener una oportunidad de transformación sin importar dónde estemos. Antes de ver cómo vivir esta fe mediante pasos concretos, consideremos con más detalle las dos partes de la declaración *aun si*.